

—¡Y eso qué es!—dijo, señalando un cuadro.

—¡Ah!—respondió María.—Lee: es un diploma de Juan; su diploma ó título de una sociedad de astrónomos, establecida en París. Es presidente de ella Camilo Flammarion.... Esa es su firma.

—Le guardaba yo á Juan el secreto de que fuese astrónomo....

—¡Qué astrónomo ha de ser! Mi papá dice que todo eso es pura farsa; habilidades del astrónomo para sacar dinero. Cualquiera puede ser miembro de esa sociedad. Tú, yo, cualquiera! Basta pagar anualmente treinta ó cuarenta francos, y subscribirse á la revista que sale cada mes. Mira tú qué hábiles son en Francia! Por eso dice papá que con el dinero de los tontos se exploran los espacios celestes y se propaga el espiritismo!

Las muchachas soltaron una carcajada. La ceguezuela contrariada murmuró:

—Será así.... pero Juan no es tonto!

—Hija,—se apresuró á decir Margarita—¡son cosas de mi tío!



XL.

Cuando las jóvenes volvían del entresuelo, cansadas de esperar á Alfonso, éste les dió alcance en la escalera.

—¿Vino ya Pablo?—preguntóle Margarita.

—Sí; ya está trabajando. Papá no ha querido que pierda un solo día.

El mancebo venía inquieto, y en su rostro, de ordinario sereno, había algo revelador de pena ó de contrariedad.

—¿Qué te pasa?—dijole María.—Advier-to en tu rostro no sé qué....

—¡Nada!

—¿Nada? ¿Le ha pasado algo á Juan? ¿Algún accidente en la cacería?

—No.

—¡Por Dios, Alfonso!—exclamó Elena

súbitamente acongojada.—¡No ocultes nada! Dínos la verdad, te lo ruego....

—Sí, Alfonso;—suplicó Margarita—con ciertas cosas no se juega.... Mira que podemos pensar muchas cosas.... ¿Le ha pasado algo á mamá, ó á Juan? Responde, por favor!

—¡Habla, por Dios, Alfonso!

—Hablaré....—respondió el joven sigilosamente.—Una mala noticia... No se trata de Juan ni de mi tía Lola; no, se trata.... de mi tía Eugenia. Mi papá acaba de recibir un mensaje en que tío Augusto le dice....

—¿Que tía Eugenia está moribunda?—se apresuró á decir María.

—No; que murió anteayer.

—¿En París?

—No; en Niza.

—¿No hay más noticias?

—Y papá—prosiguió Alfonso—no quiere que mamá sepa nada de esto; ni que lo sepa nadie, porque mañana es día de San Juan, y tiene invitados, y ya no hay tiempo para comunicarles lo que ha sucedido. Dentro de tres ó cuatro días se sabrá.... y.... De manera que.... ¡chitón!

Alfonso dió el brazo á sus primas, y, lentamente, precedidos de María, subieron la escalera.

Se pasó el día en familia; se comió alegremente, se tocó el piano, y Margarita y

su primo estudiaron varias piezas á cuatro manos.

Aquella alegría y aquella música eran tormentosas para Elena y para la blonda señorita. Esta no comprendía cómo las exigencias sociales podían ahogar así una impresión dolorosa; cómo un hermano, al saber el fallecimiento de una hermana querida, callaba la noticia, y se disponía para una fiesta; no acertaba á explicarse aquella falta de sentimientos, aquella entereza y aquella frialdad que observaba en su tío. "No era así mi padre;—pensaba—no era así él, que tanto quería á todos los suyos; que el menor dolor en sus parientes le afligía y le angustiaba; él, en caso como éste, estaría bañado en lágrimas, y qué festejos ni qué alegría!" No me agrada esto. ¡Dios mío, qué falta de corazón! ¡Qué serenidad esta que me aterroriza y me repugna!" De doña Carmen nada podía decir, porque ésta lo ignoraba todo; pero sí de la primita, que estaba tan fresca como si nada supiera. ¿Y por qué era todo esto? ¿Por vanidad, por pura vanidad! ¿Invitados? ¿Qué importaban los invitados! ¡Ah! Pero eran personas muy distinguidas: banqueros, amigos opulentos, Secretarios de Estado, el Ministro de Francia, el de Bélgica, y el de Inglaterra. ¡Al diablo con todos estos señorones! ¡Qué cosa más fácil que darles aviso! Cuando la pena es ver-

dadera, no da lugar á cálculos. Si don Juan hubiera querido bien á su hermana, no le habría ocurrido callar la triste noticia. Y guarda que al General Surville le debía mucho don Juan; como que merced á su favor y á su fortuna, había llegado á la opulencia. ¿No fué don Juan tan partidario suyo? ¿No aprobó la boda de su hermana Eugenia con el bizarro militar? ¿No esa boda fué causa de graves y duraderos disturbios domésticos, que por años y años separaron amargamente á don Ramón y á don Juan? ¿Pues cómo ahora se mostraban tan indiferentes y tan insensibles á tanta desgracia?

Preocupada y entristecida con tales pensamientos, la blonda señorita no atendía en el piano á la ejecución de aquella hermosa sinfonía de Saint-Saens, que Alfonso tocaba magistralmente.

—Dejemos por ahora la música, Alfonso. Estoy cansada. ¡Llevo tanto tiempo de no poner las manos en el teclado! Píde el coche; demos una vuelta por el paseo, y llévanos á casa.

Salieron en busca de María y de Elena. Estaban en el comedor con don Juan y con doña Carmen, quienes daban órdenes á un mayordomo y á uno de los criados franceses, respecto del almuerzo y de la comida del día siguiente. El capitalista, fuerte gastrónomo, tenía costumbre, en casos como aquel, de arreglar personalmente la minu-

ta é indicar los vinos que debían servirse en su mesa. No olvidó el menor detalle.

—Sirven borgoña. ¿Recuerdas cuál? Tú sí, Carlos, aquel que me regaló mi hermana Eugenia.

En seguida precisó todos los pormenores del servicio; dijo qué vajilla debía ser usada; qué servicio de café debían presentar, y luego encargó que todos los carruajes estuviesen listos.

—Ahora, niñas,—dijo—idos á pasear! María: vas con Alfonso á dejar á tus primas. Dí á Lola que mañana.... Quiero que mañana almuercen todos conmigo. El almuerzo.... en familia! Para la comida tendré en casa á los extraños. Si ustedes quieren, vengan más tarde.... Haremos música!

—Tío....—murmuró Margarita, con timidez.—Veremos qué dice mamá....

—Diga lo que diga.... Los espero.

—Acaso tendrá vd. invitados,—observó Elena—y nosotras.... acabamos de llegar....

—¿Y qué?

—Nosotras,—replicó Margot.—tendremos mucho gusto; pero aquí hay ciertas exigencias.... Como vd. comprenderá....

—¡Entiendo! ¡Entiendo! De cualquiera manera.... ¿No he dicho que estaremos en familia? En la noche es cosa distinta... Y Pablo y Ramón ¿tienen traje de etiqueta?

—No,—respondió ingenuamente Margarita.

—¡Ya lo ves! Pues lo necesitan. Aquí no estamos en provincia.

Varió de tono, y agregó cariñosamente:

—Criaturitas. . . . vengan! Estaremos en familia. Nos acompañarán el Doctor y don Cosme. Ya sabéis que ellos no gustan de ceremonias ni de comidas como las de mañana. ¡Ea! ¡Idos con Dios!



XLI.

María y Alfonso llevaron á sus primas á Tacubaya, después de dar unas cuantas vueltas en la Calzada de la Reforma.

Esa tarde no estaba muy concurrido el famoso paseo: treinta ó cuarenta coches de alquiler, quince ó veinte trenes lujosos, algunos jinetes, y nada más. Los concurrentes se iban retirando, temerosos de la lluvia.

Declinaba el sol, y al morir esplendía en una deslumbrante gloria de oro y de grana. Sobre el fondo áureo del Ocaso, eruido entre sus ahuehuetes y sus eucaliptos, dibujaba el alcázar de Chapultepec sus terrados, sus galerías y su caballero alto, majestuoso y triste. Los últimos rayos del



astro moribundo centelleaban en las vidrieras de los edificios colaterales, en los vidrios de los coches y en el charol de los carruajes, y algo como leve polvo de oro flotaba en el ambiente del paseo.

Allá por el Sud, en las cumbres del Ajusco, inmensa y negra nube corría á lo largo de las cimas, desgarrando su capuz en los picachos, más allá de los cuales culebreaba el rayo, anunciando distante y fuerte tempestad.

Cuando llegaron las señoritas, doña Dolores estaba esperándolas en el balcón. Bajaron con ellas los dos hermanos, los cuales permanecieron en la casa brevísimo rato.

—¿Cuándo vendrá Juanito?—preguntó la señora al despedirlos en el zaguán, y á tiempo que un lacayo abría la portezuela del landó.

—Esta noche, tía,—respondió Alfonso.—Mañana debemos estar todos en casa. Allá nos veremos.....

—Sí,—interrumpió María—papá espera á todos.... ¡Hace tanto tiempo que no pasa su día, en familia con todos los suyos, que será para él cosa muy desagradable si ustedes no le acompañaran.... En París.... mi tía Eugenia y mi tío eran los únicos que en ese día nos acompañaban á almorzar.... Ahora....

Alfonso miró fijamente á su hermana, como temeroso de una indiscreción.

—... Ahora—concluyó la joven—estarán todos ustedes. Vamos á pasar un día muy alegre. En la noche tiene papá visitas.... personas de etiqueta, el Ministro de Francia, el de Bélgica, y no sé quiénes más!.... Y ¡adiós, que se hace tarde!

Abrazó y besó á sus primas, abrazó también á la señora y precipitadamente se dirigió al carruaje, seguida de Alfonso.

El lacayo se descubrió respetuoso, y pidió órdenes.

—¡ Ah!—gritó.—¿ A qué hora mandamos el coche?

—No te molestes, hija mía,—respondióle la dama—allá nos tendrás.

Cruzáronse palabras de despedida, y partió el coche.

—¡ Mamá! ¡ Venga usted acá! Tenemos mucho que hablar....—exclamó Margot inquieta y vehemente, tomando del brazo á la señora, y dirigiéndose al saloncito.

—¿ Qué te pasa, hija mía?

—¡ Ay, mamá!....

Y al ver sobresaltada á la señora, agregó en tono cariñoso:

—¡ Nada grave, señora mía! Tranquilízate, tranquilízate! Espera.

Y volvióse para servir de apoyo y de guía á la pobre ciega, que á tentadillas y arriada al muro de la derecha iba subiéndole los siete peldaños de la escalerilla del corredor.

Sentadas todas en la sala, mientras doña Dolores se disponía á escuchar lo que su hija iba á decirle, la blonda señorita se quitó nerviosamente los guantes, se desprendió el sombreroillo, le puso á un lado en una silla, y gritó, llamando á Filomena para que ésta le trajese un vaso de agua.

—Vienes fatigada, criatura...—advirtió la dama.—Te puede hacer mal...

—No, mamacita!... Vengo contrariada, inquieta, nerviosa, lo que tú quieras, pero no fatigada.

—¿Qué pasa hija mía? ¡Acaba, por Dios! Mira que me tienes en angustia.

—¡Cálmate, mamá!—exclamó la ceguezuela, serenando á doña Dolores. No es agradable lo que vas á oír, pero sábete que no es cosa de tanta importancia como tú piensas... Es una desgracia, sin duda, pero no tal y de tanto interés...

—Ustedes me ocultan algo muy grave, hijas mías...

—No, mamacita...—interrumpió Margot dulcemente.

—Pues, vamos, ve diciendo, ¿qué ha sucedido?

Doña Dolores miraba de hito en hito á las jóvenes, como ansiosa de leer en el rostro de ellas algo que le hiciera comprender de qué se trataba.

—¿Le ha sucedido algo á Juanito?—preguntó al fin.

—¡Dios nos libre de ello!—exclamó Elena entre contrariada y afligida.

—Alguna mala noticia de Eugenia... Sí; ya me imagino que han recibido otro mensaje de París...

—¡Ah! Sí; dice mi tío que le diga yo á usted que mi tía sigue muy mal... Pero no se trata de eso...

—Pues de qué...

—Mi tía está gravísima, (así lo dice el mensaje)...

—¡Me estás engañando, Margot!

—No, mamá. Está de suma gravedad... Creame usted, yo lei el mensaje, y en la casa de mi tío tendrán fiesta mañana, y estarán de fiesta mañana y noche. Para el almuerzo estaremos en familia... En la noche recibirán á no sé cuántos personajes: Secretarios de Despacho, Diplomáticos, banqueros... ¡sepa Dios!

—¡Y qué hija mía! No es propio que tus tíos den comidas en estos momentos en que Eugenia se encuentra tan enferma, pero piensa que la enfermedad de tu tía es ya crónica, y que la infeliz va en camino de vivir moribunda años y años...

—No, mamá! Es que mi tía Eugenia...

—Se murió ya, ¿no es eso? Bien decía yo que me estabas engañando...

—Pero... mamá!

—¡A qué negarlo!

—No lo ocultes más, Margot!—dijo Ele-

na.—Mamacita: desgraciadamente... ya murió!

La buena señora, que un momento antes fingía haber comprendido que se le ocultaba la muerte de su cuñada, preguntó:

—Pero... ¿es cierto eso, ó se lo suponen por lo que dice el último mensaje?

—Cierto es!—respondió Margarita, terminantemente.

Llenáronse de agua los ojos de doña Dolores, la cual, durante unos cuantos minutos, trató de dominar su dolor, y luego, sollozante y bañado en lágrimas el rostro, se levantó para caer en brazos de Margarita, que se apresuró á recibirla, y la acarició amorosamente, sin decirle una sola palabra.

Elena enjugaba sus ojos echada hacia atrás en el sillón, conmovida por aquel noble y sincero dolor fraternal... Pero su pensamiento estaba muy distante de aquel sitio: recorría llanuras y bosques, ansiosa de descubrir entre un grupo de cazadores, á un mancebo pálido y exangüe, jinete en un corcel de rapidísima carrera. Mas de pronto su imaginación condujo á Elena á una estación del Ferrocarril Central, en momentos en que llegaba un tren, del cual saltaba, con algunos amigos, muy guapo, muy elegante y muy enguantado, el mancebo perseguido á través de los campos

por el pensamiento vivísimo de la enamorada ciega.

—¡Ay, Margarita! ¡Ay, hijas mías! No podía yo convencerme de esta desgracia. Mayor para mí que cuanto ustedes pueden suponer. Eugenia era mi única esperanza. De seguro que á ella que es tan buena, que era tan buena, y más que á los empeños del Dr. Fernández, debemos las bondades de Juan... Podéis estar seguros de ello... Al morir no se habrá olvidado de ustedes ni de mí... Algo me dijo Carmen respecto de eso. Pues bien, ni la idea de heredar, y cuenta que una herencia es, en estos momentos, para nosotras, dicha y felicidad, me consuela de esta pérdida. Ya saben ustedes como Ramón se opuso al casamiento de Eugenia; que esa boda fué causa de graves disgustos de familia... y, sin embargo, Eugenia fué siempre la misma para conmigo. ¡Siempre buena, siempre cariñosa, siempre desprendida! En cambio Juan y Carmen, y sus hijos... ¡Qué diferencia! Porque no hay que hacerse ilusiones, no debemos hacérmolas... El carácter de Juan es tornadizo y desigual; Carmen, lo diré, es vanidosa... Si á veces me ha parecido que no tiene corazón...

—Pues oiga usted, mamá... ¡Y espántese usted! No se puede decir. Alfonso así nos lo ha recomendado. Mis tíos saben ya el fallecimiento de tía Eugenia, por lo menos, tío Juan, y se lo calla, y lo ocul-

ta, y quiere tenerlo como un secreto de estado.... ¿Sabe usted por qué? Pues.... ¡porque mañana es su día y tiene invitados, y no quiere malograr una comida, en la cual tendrá á la mesa á todos esos señores....

—¡Pero es posible!

—¡Y vaya si lo es! Como que delante de nosotras ha dado órdenes al mayordomo, á los criados y al cocinero!

—Pero, Margot, ten, por Dios, en cuenta, que la invitación estaba hecha....

—Lena, ¡por la Virgen Santísima! eso no es disculpa!... Unas cuantas esquelas.... ¡y todo estaba arreglado! Algún negocio querrá arreglar tío Juan en esa comida.... ¡Y eso es todo! Y, además, que luzca el comedor, que luzca el servicio de mesa.... ¿No oíste decir que sacarán la vajilla de Sévres.... y un servicio de plata? No, no tiene disculpa.... que no se ha muerto un desconocido, sino persona de su sangre, y persona á quien deben tanto, porque.... ¿no es verdad, mamá, que á mi tía y á su esposo se lo deben todo? Y mañana.... ¡á atracarse de trufas y á beber vinos exquisitos, mientras mi tía estará de cuerpo presente!

—Margot, no te conozco....—dijo Elena.—No te gusta hablar de los demás.... y ahora estás haciendo lo que repruebas en otros, en Concha Mijares.... por ejemplo!

—¡Déjala!—exclamó doña Dolores.

—Y yo, mamá, no iré mañana á casa de mi tío.

—Tienes razón, hija mía.

—Pues debemos ir,—replicó la ciega.

—No; no debemos ir, Lena.

—Sí; porque mi tía no sabe nada; sólo saben esa desgracia Alfonso y María. Juan la sabrá esta noche, al llegar, si se la dicen.

—Para María, como si nada hubiera pasado! Alfonso sí ha dado muestras de pena, mamá—dijo Margarita.

—No muchas!

—¡Por Dios, Lena! Sí que las dió; como que en la cara le leímos María y yo que algo muy grave le tenía afligido.

—Tío quiere que vayamos mañana á comer con ellos.... Dice que todo será en familia. Que de personas extrañas á ésta sólo irán dos: el Dr. Fernández y don Cosme. En la noche sí estarán de manteles largos; pero á la comida no estamos invitadas.

—¡Tanto mejor!—interrumpió la dama.

—No estamos para esas fiestas.... Una comida de etiqueta exige....

—Ya lo creo, y me alegro de ello; pero eso no se dice ni se hace sentir así á quienes, como nosotras, no es ello vergonzoso, no estamos en condiciones de gastar en lujos, y menos cuando apenas ayer hemos

llegado! Eso que ha dicho mi tío me parece ofensivo....

—Pero.... ¿qué dijo?—preguntó Elena interrumpiendo.

—¡Nada! Con toda claridad dijo que no debíamos ir; mejor dicho: que no nos invitaba á la comida, porque era de etiqueta.... ¿No me preguntó si Pablo y Juan tenían frac?

—Y no le tienen,—dijo la señora—que ni están para eso, ni en ciudades chicas se tienen exigencias tales.

—¡Pues yo no iré mañana! No iremos.

—Irán, hijas mías, muy á mi pesar; irán, porque.... ¡es preciso! Yo soy la que no ha de ir. Me fingiré enferma.... Eso ayudará á ustedes para regresar temprano....

—Pero, mamá!—respondió Margot.

—Irán.—Contestó doña Dolores en tono decisivo.—Evitemos un disgusto.

En aquellos momentos llamaron á la puerta. Filomena pasó por el corredor al cir la campanilla. A poco apareció en la puerta de la sala, trayendo un ramillete, y un racimo de chochas:

—Que el niño don Juan manda esto para la niña Elena.

—¿Qué cosa es?—exclamó regocijada la ceguezuela.

—“Agachonas”—dijo Margarita en tono de mal disimulada contrariedad.

Y la señora:

—Que muchas gracias!



XLII.

Doña Dolores, como lo había pensado, no fué á la casa de don Juan. Mandó á sus hijos, y ella se disculpó, en una cartita muy cariñosa, diciendo que estaba indispuesta; que acaso resentía el clima; que no estaba bien, y que prudentemente se abstenía de salir á la calle. Todos aceptaron la excusa y lamentaron la ausencia de la buena señora, cuya viveza de ingenio y cuyo trato jovial y fino eran del agrado de cuantos la trataban.

Muy temerosa estaba Margarita de que sus primos y sus tíos sospecharan que otro era el motivo por el cual su mamá no había concurrido con ellas en la casa del capitalista. En ésta se encontraron á don Cosme, al Dr. Fernández, y un cierto clé-

rigo italiano, dulzarrón y meloso, capellán diligente y enriquecido en una capillita, ruinosa aún, de alguna de las foranias del Distrito Federal. Labradito de cara—como dijo de él Filomena cuando le conoció— aseado y pulcro, era acreditadísimo padre de almas entre las señoras de la aristocracia, á cuya munificente caridad debía bienestar y prosperidades, y á quienes sería deudor en poco tiempo de las sumas necesarias, no cortas por cierto, con que reedificaría aquella modesta iglesia de San Francisco de Sales, confiada á su apostólico celo y á su letra menuda, por el Arzobispo de Méjico.

El P. Gioachino Grossi, comensal en muchas mesas de alto quirió, gozaba fama de elocuente y deleitoso predicador. Listo, perspicaz, cauteloso é insinuante, era de trato dulcísimo, pero de pocas palabras cuando no hablaba desde la cátedra apostólica, y era de verle y oírle cuando en un estrado se soltaba discurriendo de las más profundas cuestiones místicas: de la "discreción;" de las sequedades y arideces del espíritu próximo á gozar de la dulce visita del Amado, y cuando describía, en castellano correctísimo, la delicia inefable de las almas, repitiendo de la Abulense, maestra de maestras, y guía segura para los predilectos del Señor.

Margarita, haciendo fuerza á su carácter

franco y sincero, enemigo del disimulo y del embuste, mostrábase inquieta por la salud de doña Dolores, y conversando con Alfonso, cerca de doña Carmen y del P. Grossi, pudo enterarse de que el piadoso varón estaba enterado del fallecimiento de Eugenia, y que él había aconsejado no comunicar á nadie la triste noticia, muy dolorosa, según decía, pero que debía quedar secreta durante una semana al menos, con el fin de que don Juan, quien le había consultado acerca de lo que debería de hacerse, no malograra la fiesta aquella, que traería á sus salones á tantos banqueros, á tantos políticos y tan prominentes diplomáticos.

—Esto es lo que aconseja la prudencia, señora,—decíale á doña Carmen—en materia de negocios no hay que perder tiempo; si eso del empréstito ha de hacerse, como el señor don Juan me ha dicho, no convenia dejarlo para más tarde, y después las exigencias del duelo no permitirían una reunión como la de esta noche, tan propicia para que don Juan inicié ese asunto. Ya le tengo dicho que Dios bendicirá esa operación, que será benéfica para el país, le dará á mi amigo crédito y ganancias, y... á este pobre pasionista algo para su iglesia de San Francisco de Sales. Ya saben ustedes que Dios Nuestro Señor da ciento por uno!

—Sí, padre mío,—respondióle la señora—cuente usted con algo que le dirá Juan, y con otro algo que le daré yo, si ese asunto tiene el resultado que todos nos prometemos. El Ministro inglés nos prestará su apoyo; así se lo ha asegurado á Juan el Licenciado Montenegro.... Y... hablando de otro asunto: ya veremos de arreglar las honras fúnebres de Eugenia.... Vaya usted pensando en ellas.... Juan y yo deseamos que el servicio sea solemne y suntuoso: en la Profesa, en Santa Brígida, y, si fuere posible, en el templo del Sagrado Corazón.

—Por razones de recogimiento y devoción, preferiría yo mis ruinas, mi humilde iglesia de San Francisco de Sales....

—Pero,—observó doña Carmen—como usted comprenderá, sería molestar demasiado á nuestros invitados....

—“Ecco signora!” Comprendo, comprendo.... Yo arreglaré todo. Por acá me tendrá usted uno de estos días, y hablaremos del asunto.

Y volviéndose á don Juan, díjole dulcemente:

—Vamos.... dígame usted: ¿á cómo le han ofrecido á usted ayer las acciones de “Cinco Señores?”

Siguieron hablando de negocios de minas. Margarita no oyó más, distraída por su primo, que le elogiaba calurosamente una novela de Ferdinand Fabre.

Don Cosme y el Dr. Fernández examinaban atentamente en un album de Roma, una vista de la Basilica Vaticana. El Canónigo se complacia en describir el maravilloso templo cuyas proporciones tenían asombrado á su discreto y piadoso amigo.

Allá en el fondo de la antesala, Juan y Elena conversaban en voz baja.

—¿Por qué no, Elenita?—repetía el mozo con acento apasionado.—Oyeme; que me oigas te ruego; ¿me acusas de que hago vida de disipación y de placer? Bien: confieso que no soy un santo. ¿Me acusas de que no gusto de la vida del hogar? Comprendo, niña mía, que el hogar, para que nos sea grato, debe arder en amor?

—¿Qué mayores afectos que cuantos en el tuyo te brindan el amor de tus padres y el cariño de tus hermanos?

—Ese amor y ese cariño, Lena, son míos.... Estoy seguro de ellos.... Me es grata la casa de mis padres, pero mi juventud, ansiosa de agitación, de movimiento y de vida, no se aviene con la tranquilidad de la familia. Déjame ser así, ó ámame, Elenita, como yo te amo. ¿Eres adorable! Lo que con otros fuera en tí motivo para despertar melancólica y dulce amistad, es para mí fuente de amor profundo, de pasión inmensa!.... Si pudieses verme, leerías en mi voz trémula: que te amo con toda el alma!

—Si, padre mío,—respondióle la señora—cuente usted con algo que le dirá Juan, y con otro algo que le daré yo, si ese asunto tiene el resultado que todos nos prometemos. El Ministro inglés nos prestará su apoyo; así se lo ha asegurado á Juan el Licenciado Montenegro.... Y... hablando de otro asunto: ya veremós de arreglar las honras fúnebres de Eugenia.... Vaya usted pensando en ellas.... Juan y yo deseamos que el servicio sea solemne y suntuoso: en la Profesa, en Santa Brígida, y, si fuere posible, en el templo del Sagrado Corazón.

—Por razones de recogimiento y devoción, preferiría yo mis ruinas, mi humilde iglesia de San Francisco de Sales....

—Pero,—observó doña Carmen—como usted comprenderá, sería molestar demasiado á nuestros invitados....

—“Ecco signora!” Comprendo, comprendo.... Yo arreglaré todo. Por acá me tendrá usted uno de estos días, y hablaremos del asunto.

Y volviéndose á don Juan, dijole dulcemente:

—Vamos.... dígame usted: ¿á cómo le han ofrecido á usted ayer las acciones de “Cinco Señores?”

Siguieron hablando de negocios de minas. Margarita no oyó más, distraída por su primo, que le elogiaba calurosamente una novela de Ferdinand Fabre.

Don Cosme y el Dr. Fernández examinaban atentamente en un album de Roma, una vista de la Basilica Vaticana. El Canónigo se complacia en describir el maravilloso templo cuyas proporciones tenían asombrado á su discreto y piadoso amigo.

Allá en el fondo de la antesala, Juan y Eiena conversaban en voz baja.

—¿Por qué no, Elenita?—repetía el mozo con acento apasionado.—Oyeme; que me oigas te ruego; ¿me acusas de que hago vida de disipación y de placer? Bien: confieso que no soy un santo. ¿Me acusas de que no gusto de la vida del hogar? Comprendo, niña mía, que el hogar, para que nos sea grato, debe arder en amor?

—¿Qué mayores afectos que cuantos en el tuyo te brindan el amor de tus padres y el cariño de tus hermanos?

—Ese amor y ese cariño, Lena, son míos.... Estoy seguro de ellos.... Me es grata la casa de mis padres, pero mi juventud, ansiosa de agitación, de movimiento y de vida, no se aviene con la tranquilidad de la familia. Déjame ser así, ó ámame, Elenita, como yo te amo. ¿Eres adorable! Lo que con otros fuera en tí motivo para despertar melancólica y dulce amistad, es para mí fuente de amor profundo, de pasión inmensa!.... Si pudieses verme, leerías en mi voz trémula: que te amo con toda el alma!

Una lágrima dolorosa cayó sobre las manos de la ciega, lágrima que por un instante tembló en las pestañas de aquellos soberbios ojos negros, limpios, hermosos y sedientos de luz.

—¿Quieres—prosiguió el pálido mancebo, inclinándose hacia su prima, y bañándola en el aroma enervante del pañuelo que tenía en la mano—quieres que ame la tranquilidad de la vida doméstica, que huya de amigos, fiestas y cacerías? ¿Quieres tenerme siempre á tu lado? Pues.... di que me amas!

—Juan....—murmuró la ceguezuela.

—Respóndeme....—repitió el joven en tono suplicante y dolorido.

—Si te dijera que te amo.... acaso no mentiría.... pero no me juzgarías bien

—¿Elena! ¿Qué he de hacer?

—Esperar.

—¿Esperar?

—La esperanza es hija del amor y de la ilusión....

—Poética estás....

—Esperar.

—Elenita....

—Esperar.

—Esperaré.

En aquel momento llegaron Pablo y Ramoncillo.



XLIII.

Espléndido estuvo el banquete, al decir de Maria. El capitalista obsequió cumplidamente á sus invitados, y desplegó en él inusitado lujo.

De tan brillante fiesta hablaron los periódicos, y hablaron como el caso merecía, como que buen cuidado tuvo don Juan de mandar á dos de los principales periódicos de información, y muy particularmente á "El Nacional," apuntes muy exactos: lista de los comensales, descripción de los salones, del comedor y de la mesa, el "menú," y crónica del concierto. en el cual, según costumbre europea, cantaron y toca-